

# Don Juan Valera: una reflexión iberoamericana

## El contacto con el tema: primera y segunda estadía lisboetas

**D**e pocas personalidades decimonónicas cabe decir que fuera la primera en varias áreas del saber y las artes. Aunque él, tan amante de los tonos grises y del justo medio, expresara reservas o mostrara sus escrúpulos ante atribuciones muy rotundas, no hay duda de que Juan Valera fue no sólo nuestro primer estilista de la pasada centuria así como el mejor conocedor y adaptador del mundo clásico a los tiempos en que le tocó escribir. Pero también se reveló como el epistológrafo más completo en una centuria de grandes escritores de cartas y fue en aquélla, sin concesión alguna a la presunción o a la incertidumbre, el intelectual español que más a fondo comprendió las vicisitudes de la cultura y la política lusobrasileña. Sabido es cómo cuatro de sus ocho destinos diplomáticos transcurrieron en las capitales de la antigua metrópoli y de la colonia convertida en imperio, desde donde dirigiría a sus corresponsales madrileños misivas inimitables por su sal y penetración. Antes y después de sus funciones diplomáticas en Lisboa y Río de Janeiro dio muestras de unas antenas muy sensibles para la evolución general de entrambos territorios, en particular de su vida artística y literaria.

La ambigüedad radical del pensamiento y de gran parte de la escritura del egabrense, determina que ni siquiera en el epistolario de su etapa juvenil, mucho antes de que decidiera ser un prosista de alto velamen, podamos estar seguros de su posición verdadera e íntima ante sucesos, cosas y personajes<sup>1</sup>. Con todo, el ambiente de encendido iberismo que encontrará en la capital portuguesa durante su estadía de agosto de 1850 a diciembre de 1851 parece que prendió en su ánimo parejo entusiasmo por una causa

<sup>1</sup> Esta radical ambigüedad, a la que Azaña en su descollante ensayo valeriano no prestó atención, ha sido subrayado muy perspicazmente por Carmen Bravo Villasante, Biografía de Don Juan Valera. Barcelona, 1959. Vid. también S. Miranda, Religión y clero en la gran novela española del XIX. Madrid, 1983.

que todavía hallaba en España escasos seguidores. Su correspondencia de esta etapa, singularmente la dirigida a su admirado Estébanez Calderón, explicita un sentimiento de simpatía por el pasado del país vecino y por la tarea histórica de su alianza indisoluble con España. Los obstáculos y dificultades que, tiempo adelante, señalará sin temor a la impopularidad o al hastío, apenas si se perfilan ocasionalmente en unas misivas desbordantes de pasión peninsular, en perfecta sintonía con el talante e ideario de su correspondiente en la misma materia<sup>2</sup>. Tan lejos llegará el cordobés por esta vía cordial que profetizará la realidad del sueño iberista en breve plazo<sup>3</sup>. Elitista siempre, Valera anotaba con indudable regusto que el iberismo portugués era tan sólo patrimonio de sus clases dirigentes, en tanto que el pueblo mostraba un antiespañolismo visceral, legado de la historia de los últimos siglos. Pero incluso en los sectores ilustrados, la ignorancia de lo español y la exaltación patriótica de algunas figuras literarias sobrepasaba lo razonable, sin que en este tiempo D. Juan registrase idéntico desconocimiento y chauvinismo en sus compatriotas. Por lo demás, el estado del país no suscitaba en casi ningún extremo su aplauso o admiración. El marasmo en que se debatía su política y economía obligaría a España a arrostrar la labor más enojosa de la empresa unificadora<sup>4</sup>.

La marcha un tanto imprevista y precipitada de Valera a Río de Janeiro para ocupar un nuevo destino diplomático, abrió un paréntesis de dos años en su fe iberista, vuelta a recuperar a fines de 1853 con su retorno a la

<sup>2</sup> «Enseñaba a Valera [Estébanez Calderón] un iberismo menos liberal que prepotente o, diríamos hoy, imperialista. Precisamente residía Valera en Lisboa cuando allí se publicó *La Iberia*, célebre doctrinal del iberismo, que suscitó abundante polémica. Observar de cerca el ánimo portugués no pudo menos de contribuir a que Valera desechase las miras grandiosas de Estébanez. Tropezaba el iberismo con una realidad indomable por las solas armas del entusiasmo. Peor fue su desprestigio que su imposibilidad. Se gastó en la política interior de Portugal y de España: en Portugal, para desacreditar los Ministerios,

acusándolos de iberistas ante la opinión pública soliviantada; en España, para combatir a la Monarquía [...] Valera no compartió el delirio ibérico que pretendía contagiarle don Serafín y se atuvo mejor que otros políticos y escritores de su tiempo a un razonable examen de lo que permitía la historia y la situación de la Península. Aunque Valera no se enfeñorizase como Estébanez, iberista fue, a su modo». M. Azaña, O.C., México, 1966, I, 992-3.

<sup>3</sup> «Muchos de los literatos del país me son conocidos, y algunos amigos. Hablan todos muy bien de España, y manifiestan deseos de unirse a nosotros [...] Soy

con Vd. en pronosticar que se acerca la época en que los Estados de Portugal y España se fundirán en uno. En Madrid apenas hay quien se ocupe de esta idea, aquí hay muchos, casi todos los hombres de saber y de corazón que siempre están pensando en ella; y a pesar de las rancias preocupaciones y enemiga del vulgo a los castellanos esperan que se realice [...] esta gente daría cualquier cosa por ser españoles con tal de que la Corte estuviese en Lisboa y que no se dijese que los habíamos conquistado. Garrett ha dicho en una de sus obras que los portugueses son españoles, tan españoles como los ara-

goneses y los castellanos, y Herculano en su historia desengaña a sus compatriotas del antiguo error en que vivían de que los Lusitanos son los antiguos portugueses, y prueba hasta la evidencia que no hay tal cosa y que Portugal no tiene nombre, ni gente propia ni historia hasta el año 1140 en que principia la suya». C. Sáenz de Tejada Benvenuti, Juan Valera, Serafín Estébanez Calderón 1850-1858, crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde (como coyunturas humanas a través de un diplomático intelectual). Madrid, 1971, 113 y 115.

<sup>4</sup> *Ibid*, 118-120, 132 y 136.

capital portuguesa. Durante su segunda y breve estancia en ella, los afanes por establecer una sólida relación intelectual entre los dos pueblos hermanos a través de una revista lusoespañola de alto porte, absorbieron gran parte de su tiempo y energías. Curiosamente, su lusitanofilia será en esta etapa más franca e incondicional, abarcando el conjunto de la nación, su ayer y hoy. «Lo que sí es cierto, certísimo, es que los antiguos odios y rencores contra los castellanos están aquí casi apagados, y que hay un gran partido a favor de la Unión o de la federación al menos, lo cual es muy para admirarse, cuando se considera que nada hemos hecho nosotros para crear este partido, ni enviando nuestros libros a los portugueses, ni escribiendo y hablando con juicio a favor de la Unión, ni lisonjeando a los portugueses, y aún sobornándolos para que se pongan de nuestro lado. El Gobierno español debía tener siquiera un periódico asalariado en Lisboa, y nada se hace ni se ofrece para tenerle, aunque sería fácil y barato conseguirlo. Las comunicaciones entre ambos Reinos son pocas por falta de buenos caminos, y serían casi nulas sin los vapores. Ahora andan aquí muy alborozados y contentos con el ferrocarril que tratan de hacer, y aseguran que estará hecho en tres años hasta la frontera junto a Badajoz. Sólo se teme que el Gobierno español no quiera continuar este camino hasta Madrid, para no dar a Lisboa una inmensa ventaja sobre nuestros puertos: ventaja que indudablemente tendría, y que los portugueses, amigos del progreso, quisieran pagar con otras mayores, y haciendo liga aduanera, y hasta olvidándose de Aljubarrota y de Onrique»<sup>5</sup>.

A pesar de mostrarse buen conocedor de la alta temperatura iberista registrada en los meridianos madrileños del momento, Valera no dejará de acusar a los gobiernos así como a los estamentos intelectuales españoles de abandono y desidia en su atención por Portugal y, sobre todo, en difundir y propagar en ella los productos de su cultura y civilización. Enfrascado en los complicados negocios de asentar sobre una sólida plataforma el proyecto de dicha revista le llegaría a Valera la hora del retorno a su patria —noviembre de 1853— para ser testigo reluciente de la revolución de julio de 1854<sup>6</sup>.

Al año siguiente, tras un nuevo interregno diplomático en Dresde, Valera, ya engolfado de veras en el mundo de las letras, tuvo una de sus mayores satisfacciones con la aparición de la bilingüe *Revista Peninsular*, de la que sería miembro fundador. Sin embargo, y hasta su viaje a Rusia en el séquito del duque de Osuna, su intensa actividad periodística no concederá atención a los temas portugueses.

De regreso otra vez a España después de su larga estancia nortea y sumergido con ahínco en la vida literaria, reanudó sus contactos con los principales temas doctrinales del momento. Los acontecimientos italianos

<sup>5</sup> Ibid, 243-244.

<sup>6</sup> Ibid, 245-46. «Por reacción contra el régimen conservador —escribe un descollante modernista— los progresistas se acercaban arriesgadamente al campo de los demócratas. Sus periódicos lanzan y defienden la idea de «Unión Ibérica» (Las Novedades, La Nación), proyecto utópico de unión nacional de españoles y portugueses, ciertamente ya viejo, pero abandonado por imposible, y que no podía concebirse ni realizarse bajo una monarquía o al menos, bajo la dinastía reinante. La misma idea será recogida por los demócratas, y aireada mil veces, proponiendo su realización, bajo forma de federación republicana. Cuando los republicanos se adscriban a la idea federal, creerán haber encontrado la fórmula definitiva que haga posible este sueño». A. Eiras Roel, *El partido demócrata español (1849-1868)*. Madrid, 1961, 191. «Cuando Vasconcellos escribe y publica su viaje [Viagens na Terra Alheia. De París a Madrid (1863)] la polémica del iberismo está en todo su apogeo entre los de que defienden simplemente una unión entre Portugal y España, los que se inclinan por una federación con salvedades y los que, finalmente, rechazan una y otra fórmula, prefiriendo que las cosas continúen como hasta entonces o, todo lo más se estrechen las relaciones entre los dos países». J. Ares Montes, «Un portugués en Madrid en 1861 (A.A. Tei-